

un grupo “no indígena” para los casos de Bolivia, Guatemala y Perú. El asunto está lejos de ser agotado, porque la voz *mestizo* tuvo connotaciones de casta o, más bien, de un grupo deletéreo que vino a corromper la pretendida “pureza de sangre” tanto de la nobleza colonizadora como de la nobleza indígena avasallada.

Arribamos así a la tercera parte que reúne los capítulos regionales, en que se apeló a los estudios de caso nacionales – tres en África, uno de Asia y uno de Latinoamérica, aunque subdividido en tres países-- a través de un análisis global (comparado) que combina la economía política, la econometría y los enfoques históricos y antropológicos. Gracias a este esfuerzo sistémico, su argumentación es más sofisticada para decir que donde las desigualdades horizontales son más fuertes es más probable que estallen en un conflicto, pero que se precisa de la consistencia entre lo económico y lo político, amén de que la desigualdad cultural pueda disparar el conflicto. De los tres casos latinoamericanos llama la atención la débil expresión política partidaria de la etnicidad –Bolivia y Ecuador siguen siendo una excepción a la regla- y que en todos los casos los actores recurran a una mezcla de ideologías de clase y de etnicidad. ¿Por qué los grupos radicales de clasificación mestiza son los que consiguen movilizar a los indígenas? La pregunta sobresalta. Mucho más paradójica resulta la conclusión de que los países que han experimentado rebeliones indígenas recientes son también los que poseen las políticas indígenas más débiles, lo contrario de países donde ha predominado el acomodo político y donde la política indígena aparece más consolidada. En suma, el libro está repleto de ideas discutibles pero estimulantes para la indagación futura. Pero otra vez, esta percepción no agota en absoluto la riqueza, la finura y la amplitud de miras de todo el contenido.

**Luis Vázquez León**

*CIESAS de Occidente, México*

**NIELS BARMEYER: *Developing Zapatista Autonomy. Conflict and NGO Involvement in Rebel Chiapas*. Albuquerque: University of New Mexico Press, 2009.**

La cuestión de autonomía, frecuente e importante en el discurso, estrategias y prácticas del EZLN, ha sido objeto de un sinnúmero de debates políticos e intelectuales en México. Sin embargo, el análisis de la reivindicación de los indígenas de Chiapas por ejercer su derecho a la autodeterminación se dificulta, entre otros motivos, por el dinamismo de un proceso que está lejos de ser definido, lo cual obliga a evitar juicios conclusivos prematuros.

En ese sentido, el libro de Barmeyer se antoja ambicioso por las diversas temáticas que aborda en nueve capítulos: después de un capítulo dedicado al

repasso bibliográfico de rigor, y otro a los antecedentes del EZLN (comenzando por la colonización del este de Chiapas desde 1940), Barmeyer describe en el tercer capítulo la estructura interna de las comunidades zapatistas y el contexto en que se crearon los municipios autónomos. Enseguida trata lo relativo a las situaciones de tensión intracomunitaria por el rechazo del EZLN a recibir cualquier apoyo gubernamental. Esta medida política, conviene recordar, se tomó en 1996 a raíz del incumplimiento de los Acuerdos de San Andrés sobre Derechos y Cultura Indígena por parte del gobierno mexicano, el cual, a cambio, reforzó la presencia del ejército en zona zapatista e intensificó costosos programas sociales y de infraestructura con fines de contrainsurgencia.

Enseguida, Barmeyer aborda las formas cotidianas en que se desarrolla el proyecto zapatista de autonomía, en conjunto con las organizaciones no gubernamentales y las redes de solidaridad (en su mayoría europeas y estadounidenses, aunque también mexicanas y latinoamericanas). El autor destaca en el quinto capítulo la ausencia del Estado mexicano en las comunidades indígenas de las Cañadas y Selva Lacandona de Chiapas (una situación que bien podemos extender al resto del país), y cómo éstas crearon una organización autónoma *de facto* al establecer mecanismos de autosubsistencia. Trata después cómo se ha formado el proceso de selección, canalización e implantación de la ayuda internacional en zona zapatista, con base en las necesidades y bajo la gestión creciente de las propias comunidades. Al respecto Barmeyer indica que “hacia el nuevo milenio únicamente aquellas ONG’s que aceptaban trabajar con los zapatistas en sus términos –y esto refiere no sólo con la estructura de la autoridad civil sino también la militar– pudieron seguir trabajando en territorio rebelde” (p. 152). Analiza así algunos rubros del proyecto zapatista de autonomía, tales como la salud, la auto-producción y la educación. De esta última Barmeyer advierte una especial importancia, pues las nuevas escuelas son espacios de consolidación autónoma en donde se genera conocimiento y se procura la auto-administración comunal.

Los últimos dos capítulos están dedicados a un balance de las experiencias individuales y comunitarias tras el contacto de los pueblos zapatistas con la presencia internacional. El utopismo en que puede caer la acción “partisana” de las ONGs y las redes solidarias; los retos para mantener independientemente y a largo plazo los programas introducidos, o el saber si el desarrollo de algunos proyectos acelera la introducción capitalista en territorio rebelde, son algunos de los aspectos en cuestión. Abundando en este último, el autor ejemplifica la transformación de algunos indígenas a través de “valores importados involuntariamente” (p. 202), como son el pago monetario de salarios, la privacidad, la movilidad o nuevas relaciones interpersonales. Además de señalar la decepción de quienes desean la preservación “arcana” del indígena, Barmeyer se pregunta

si estos cambios son el inicio de una nueva élite indígena en contraste con un ideal zapatista más igualitario (p. 209).

A lo largo de su libro, el autor trata dos aspectos que considera cruciales en el proyecto zapatista de autonomía. Uno es el peso de la *resistencia* para las bases de apoyo. Por un lado, Barmeyer ofrece ejemplos de la alta valía moral que representa la autosuficiencia para las comunidades zapatistas; satisfacción que no puede ser igualada por ningún programa de gobierno (y que puede constatarse en una mejor calidad de vida). La organización directa y colectiva corresponde también con una mejor estima al saber que se lucha por una causa que trasciende las dificultades o el beneficio material inmediato. Sin embargo, Barmeyer observa igualmente el énfasis creciente en la dignidad y la autonomía indígena en el discurso del EZLN, y cómo el involucramiento del gobierno o cualquier práctica ambigua por parte de algunos de sus miembros pueden dañar potencialmente su imagen y su credibilidad tanto en el exterior como al interior de sus comunidades de base (p. 132). De ahí que la resistencia tenga entonces un alto costo económico que ha obligado a algunos zapatistas a abandonar la organización y aceptar la ayuda gubernamental, ofrecida con el fin de dividir y sofocar al movimiento. A pesar de ello, Barmeyer constata cómo cada división comunal va seguida de un impulso en la organización autónoma, lo cual considera un fuerte elemento democrático ligado a la adhesión organizacional, pues si ésta fuera mantenida mediante la represión difícilmente mostraría tal grado de fluctuación (p. 234).

El segundo aspecto que trata Barmeyer es una peligrosa dependencia entre el EZLN y las ONGs y colectivos de solidaridad, como cuando afirma: “a cambio de asistencia en el proyecto de autonomía, la organización guerrillera se ha hecho accesible como motor de campaña de movimientos sociales nacionales e internacionales” (p.214). Para el autor, la resistencia resulta un paradójico atractivo con que el EZLN capta financiamiento y protección de sus “clientes” internacionales, de manera que la posición política de las comunidades zapatistas contra la exclusión sistemática de los gobiernos federal y estatal queda convertida en una estrategia de marketing. Barmeyer plantea entonces que la autonomía zapatista durará sólo si se logra igualmente la independencia económica; un pronóstico que sobredimensiona, por un lado, la contribución de la ayuda internacional, subestimando, en cambio, el aporte diario de las comunidades en recursos humanos y materiales (si bien admite que es “inmenso”). Basta considerar la proporción entre el número de proyectos enviados y la cantidad de comunidades receptoras, si tomamos en cuenta que cada una de las cinco Juntas de Buen Gobierno representa más de doscientas comunidades.

Barmeyer aborda también el desequilibrio económico creado por el auge de los nuevos centros zapatistas en detrimento de las comunidades “históricas”;

la posible inclusión de la población no-zapatista que reconoce y acude a las instancias jurídicas o de salud “autónomas”; la persistente exclusión de las mujeres o el romanticismo a ultranza de la noción de “comunidad”, además de ciertas incongruencias entre las perspectivas locales y los comunicados del EZLN difundidos por “the alternative media”. No obstante, sobre todo al final del libro, algunos de estos temas dan la impresión de estar incompletos y requerir más información o análisis.

Barmeyer afirma que su trabajo resulta inédito fuera de Chiapas por el material empírico en que está basado. Su experiencia como activista político, como etnólogo e investigador y también como amigo (“valedor”) de algunos de sus informantes, ofrece una triple subjetividad que hace de su libro un interesante testimonio de quienes, como él, se han acercado al EZLN. Sin embargo, si como dice uno de sus propósitos es “mostrar que el movimiento guerrillero fue controlado finalmente por los indígenas de sus bases de apoyo” (p. 234), cabe esperar la posibilidad de interpretaciones distintas en el lector, debido en parte a estos diferentes ángulos y cierta incompatibilidad que les es inherente.

**Luz del Rocío Bermúdez H.**

*École des Hautes Études en  
Sciences Sociales, Paris*